

# Maldonado, el Rico, Señor de los Andahuaylas

Por José Antonio del Busto Duthurburu

Hubo muchos Diegos Maldonados en la Conquista y Pacificación del Perú, pero —sin lugar a dudas— Maldonado el Rico fue el principal de todos ellos<sup>1</sup>. Los otros no pasaron de ser soldados secundarios; nuestro Diego Maldonado, ese sí fue importante de verdad. A través de su larga existencia se aprecian muchos aspectos de la vida de un conquistador. Pobre y desenfrenado en su juventud, oportunista y desleal en la madurez, enfermo y arrepentido en la edad senil, en todo momento adoró al becerro de oro. Dicen que su vejez fue el castigo de su ambiciosa vida. Eso no se puede asegurar. Lo que sí es cierto es que con la pobreza enterró su honra y que sus tesoros le sirvieron de poco. Lo llamaron "El Rico", es verdad; y por ello sus contemporáneos lo creyeron feliz. Restaría repetir con el autor de las Epístolas Familiares: "Qué aprovecha tener muchos dineros, si los más dellos gasta con físicos y boticarios?"<sup>2</sup>. Se podría añadir, por paradoja: ¿De qué le sirvió tanta riqueza si murió rodeado de mendigos?

## El criado de Pizarro

Según los heraldistas y tratados de genealogía antigua, los Maldonado vienen de los Aldanas y reconocen por tronco de su Casa a Hernán Pérez de Aldana, señor de Aldana y otras villas, el primero que se llamó de Maldonado en tiempos de Alfonso VIII, el castellano. Desde entonces, los Maldonado trajeron por blasón un campo de gules con cinco lises de plata puestas en sotuer, armas que, a decir verdad, hablaban de un parentesco ancestral con los Aldana<sup>3</sup>.

Pues bien, Diego Maldonado —al que las crónicas peruleras dan por sobrenombre "El Rico"— fue en toda regla un aldanés, y no, precisamente, por descender de aquellos Aldana de azulada sangre goda, sino por haber venido al mundo en la fría villa de Dueñas, en plena tierra de Campos, región palentina que daba el nombre de aldaneses a los nacidos en su seno<sup>4</sup>. Maldonado, el Rico, pues, nació en la villa

de Dueñas alrededor del año 1500<sup>5</sup>, en el hogar hidalgo de Francisco Maldonado y de su mujer doña Catalina Nieto, señora cuya sangre procedía de las montañas de León<sup>6</sup>.

Pero a pesar de su hidalguía y sangre goda, cuando Maldonado el Rico nació no pasaba de ser uno de los tantos Maldonados pobres. Por ello su infancia no corrió en su lugar natal sino a orillas del Tormes, mostrando a lo largo de su vida un cariño especial por Salamanca y confesando en más de una ocasión haber nacido allí<sup>7</sup>. Sentimentalismo añejo o vanidad reprimida, porque en Salamanca estaban también los mejores parientes de su padre, aquellos que por cuna y por hacienda podían llamarse "bien-donados", en oposición a esos deudos aldaneses que venían a ser los "mal-donados" de verdad<sup>8</sup>. Pero pasado un tiempo, por no cambiar su estrella en la ciudad del Tormes o harto de servir a parientes nada pródigos, decidió pasar a Indias con miras de hacer allí vida de soldado. Pobre, fuerte y con veintinueve años encima, la milicia indiana era una solución impostergable.

Nuestro hombre pasó a Sevilla y allí conoció a Francisco Pizarro, ofreciéndose para un cargo escuderial. Pizarro lo tomó a su servicio y por eso, pasados muchos años, seguirán refiriéndose a él como "a un Maldonado criado del Marqués"<sup>9</sup>. Lo cierto es que en Panamá, la soleada capital de Tierra Firme, decidió fijar su primera residencia en el Nuevo Mundo. Allí frecuentó corrillos de soldados y se codeó con Ruy Hernández Briceño, hombre muy entusiasmado con la tercera Armada de Levante. Con algún dinerillo adquirió entonces un mal caballo y formado al lado de su amigo Ruy Hernández, se embarcaron juntos camino del Perú<sup>10</sup>. Cieza de León apunta que con Pizarro partieron más de ciento ochenta soldados españoles y al mencionar a los notables, el segundo viene a serlo un Diego Maldonado<sup>11</sup>. En realidad, se trataba de un homónimo, hombre viejo y vecino de Natá, que alguna vez había sido lugarteniente de Pedrarias. De ahí el puesto importante que le asignan en la crónica<sup>12</sup>. Maldonado, el de Natá, murió poco después en San Miguel de Piura; Maldonado el Rico, en cambio, siguió cabalgando en su enjuto corcel por los arenales de la costa. Más tarde viviría orgulloso de los trabajos sufridos en el desierto y alardearía de ello en las probanzas: "porque este testigo vió ser y pasar así lo contenido En la pregunta E este testigo vino en la compañía del dicho señor governador"<sup>13</sup>.

## ¡Santiago y a ellos!

Efectivamente, después de pasar por Paur y Motupe, Jayanca, Cinto y Saña —curacazgos de abolengo tallán y chimú— los cristianos dejaron atrás el arenal y empezaron a subir la cordillera. Entonces se trocó el calor en frío y los cielos azules por otros encapotados. Los españoles compararon el árido paisaje con la tierra de Campos, por darse en ella los peores frios de Castilla, pero Maldonado se cuidaba poco del clima y pasaba el tiempo haciendo bromas con su nuevo amigo, el abulense Melchor Verdugo. Se sabe esto último por algún testimonio aislado, donde se asegura de los dos que "en todo el dicho descubrimiento e conquista fueron compañeros e andubieron juntos"<sup>14</sup>.

Pero pasados los frios avistaron Cajamarca y posesionándose de la ciudad de piedra, Francisco Pizarro envió a Hernando Pizarro con una embajada ante Atahualpa. Con este capitán partió Diego Maldonado en su rocín. Debió entonces de admirarse con el campamento incaico, los guerreros quiteños uniformados con libreas de colores y el boato que rodeaba a ese rey que se titulaba dichoso vencedor. Pero lo que verdaderamente lo dejaría boquiabierto sería la majestad de Atahualpa, Hijo del Sol y Señor de las Cuatro Partes del Mundo...<sup>15</sup>.

Al día siguiente, que se contó 16 de noviembre de 1532, Maldonado estuvo con Soto y Pedro Cataño en el interior de un galpón. Afuera, en la plaza de Cajamarca, Fray Vicente hablaba con el monarca indio. Pero el fraile debió de fracasar en su propósito, porque en breve sonó el disparo de arcabuz y alguien agitó una bandera en el aire. Soto, que como el resto de sus hombres estaba encabalgado, picó espuelas al bruto y lo obligó a salir del galpón. Lo siguieron Cataño, Lope Vélez y Diego Maldonado. Todos gritaban: ¡Santiago! causando un ruido ensordecedor. Con las lanzas en las manos, el pulgar hacia el regatón, embistieron a la indiada una, dos, diez veces... finalmente Pizarro apresó al rey quiteño y trocó su reinar en vasallaje<sup>16</sup>.

Al repartirse el botín, el Gobernador premió a Diego Maldonado y a su caballo de poca alzada, con 362,2 marcos de plata y 7,770 pesos de oro<sup>17</sup>. Alguna fuente añade que por derecho de guerra, tomó para sí a una de las hermanas del Inca<sup>18</sup>.

Antes de abandonar Cajamarca, el 7 de junio de 1533, fue testigo de la venta de una cabalgadura entre el vizcaíno Pedro de Anades y Alonso Pérez de Vivero<sup>19</sup>. Esa tarde ofició de lo mismo en una obligación de Diego de Molina, pero después de cumplir con estos compromisos volvió a tomar sus armas y caballo, prosiguiendo con el grueso de la tropa a Jauja, siempre en compañía del buen viejo del Gobernador<sup>20</sup>.

En Jauja estuvo con Pizarro hasta que éste dejó el valle para socorrer al capitán Soto, cercado por los quiteños en Vilcaconga. Es verdad que Almagro se les adelantó, mas la presencia del Gobernador consiguió dar unidad y fuerza a los dispersos grupos de españoles. Luego de pasar por el pueblo de Jaquijahuana, los cristianos avistaron el Cuzco, pero en vez de legiones quechuas indignadas apareció Quisquis con sus ejércitos de Quito, con intención de defender la capital sagrada. Hubo entonces una quazabara en la que los quiteños combatieron sin mucha convicción. Todos querían regresar a Quito y sólo a Quisquis obsesionaba la idea de defender la capital ajena. Por eso la batalla, si es que batalla puede llamarse, no costó la vida a ningún español. El único herido fue Rodrigo de Chávez, caballero de Ciudad Rodrigo<sup>21</sup>. Esta, en realidad, fue la gran herida de ese encuentro, pero Diego Maldonado dió en decir tiempo después que él también sacó de allí una pierna atravesada y así lo hizo constar en su probanza. La pregunta nunca pudo ser absuelta por eludir la cortesmente los testigos. Maldonado se estaba volviendo fanfarrón y eso no podían permitirle sus compañeros de armas. La fanfarronería era una competencia desleal. Las cicatrices se mostraban, pero no se encargaba a los amigos su recuerdo<sup>22</sup>.

Tomado el Cusco con el beneplácito de los quechuas, vino luego el reparto de otro cuantioso botín: Ignoramos lo que allí correspondió a Diego Maldonado, pero se deja constar que su parte fue mayor que en Cajamarca. El 28 de diciembre de 1533 figura como asistente al juramento del Veedor Jerónimo de Aliaga<sup>23</sup>, pero días más tarde, en un grupo de cuarenta jinetes, salió con Hernando de Soto y Ruy Hernández Briceño en persecución de Quisquis. Las batidas que en esta campaña se dieron fueron muchas y en algunas, Maldonado militó como caudillos de jinetes. Sin duda, ya se había hecho de una mejor cabalgadura<sup>24</sup>.

### El cerco del Cusco

Después de asistir a las victorias de Maracalla y a las acciones libradas en las montañas de Huánuco, Soto y sus jinetes regresaron a Jauja. Es por esto que hallamos allí a Maldonado el 3 de julio de 1534, testificando en una probanza de servicios<sup>25</sup>, y también el 20 del mismo mes, firmando con los Regidores del Cabildo la célebre carta que escribieron los municipales al Emperador. En ella aseguraban sobre el Cusco: "Esta Ciudad es la mejor y mayor que en la Tierra se ha visto. E aun en Indias: e decimos a Vuestra Magestad que es tan hermosa e de tan buenos edyficios quen España seria muy de ver..."<sup>26</sup>.

Con tal concepto de la capital incaica, Diego Maldonado no hizo ascos a la idea de avecindarse en ella. Además, ya se le había tomado en cuenta en la fundación española de la ciudad. Efectivamente, en dicho acto "señalósele a Diego Maldonado donde está un solar por lindero la calle de Candia y de Rocha" <sup>27</sup>. El sitio no era secundario porque Pedro de Candia era el Alcalde de la nueva población y sus esclaves venían a ser los principales; vale decir, los aledaños al Acllahuasi y al solemne Hatun Cancha; en ese barrio que por ser de piedra roja los Incas habían denominado Pucamarca <sup>28</sup>. Así empezó su larga vida de vecino en la mayor ciudad del Reino, la vieja e imperial ciudad del Cusco, cabeza y principio de esta tierra del Perú.

A partir de entonces, Maldonado comenzó a distraerse en pacíficas actividades. Ya no engrosaba expediciones. Ahora se divertía observando los aprestos de Almagro para su jornada de Chile y, siempre vinculado a la trata de tabalgaduras, asesoraba en ella al Comendador Juan de Santiago, próximo a partir en tal expedición <sup>29</sup>. Pero estas pacíficas actividades eran poco lucrativas y ya Diego Maldonado conocía la ambición. Por eso, corriendo el año de 1535, se dedicó a la búsqueda de tesoros. Sobre todo, según se insinúa en la crónica de Pedro Pizarro, le interesaban mil cargas de buen oro que los indios habían ocultado en una cueva de Vilcaconga y que, algún tiempo antes, a la hora de buscarlas, el guía se esfumó temiendo la maldición de los dioses <sup>30</sup>. Esto había dejado mal sabor en la boca del soldado y para resarcirse del daño sufrido, trató de obtener oro a través del cautivo Manco Inca. Más tarde explicaría éste "que Gonçalo Pizarro, hermano de Apo mayor, me tomó mi muger y me la tiene; y Diego Maldonado me amenazava y me pedía oro, diciendo que también él era Apo..." <sup>31</sup>. A Maldonado se le perdonaba ser fanfarrón pero no cobarde y abusivo. Con sólo treinticinco años mal vividos y ya se daba el lujo de coquear a un monarca prisionero. Tampoco demostraba ser muy hombre al hacerlo; porque el bravo príncipe —según los documentos— vivía atado a la pared "con una cadena al pescuego" <sup>32</sup>.

Pero las cosas cambiaron debido, precisamente, a la codicia de los españoles. El Inca fingió conocer un gran tesoro sepultado en una cueva (acaso el mismo que buscaba Maldonado) y los catellanos lo dejaron escapar. Después lo vieron asomarse a los cerros del Cusco y poner estrecho cerco a la ciudad con sus legiones de guerreros quechuas. Tanto Manco como sus vasallos se habían desilusionado de los semidioses vengadores de Huáscar y ahora querían su aniquilamiento. Pedro Pizarro refiere que eran tantos estos quechuas avanzando sobre el Cusco "que parecía que temblaba la tierra" <sup>33</sup>. Ante la ensordecedora grito, el sonar de los pututos y el tocar de los tambores, los españoles se sintieron poseídos por el pánico. Pero, al igual que en

Cajamarca, este pánico fue el que los salvó. Por eso después, temeroso todavía, confesaba Maldonado que el sitio había sido estrechísimo, pues "save e vido... quel dicho cacique mango ynga se alzó E puso cerco sobresta ciudad con la gente de guerra... E dieron tan cruda guerra a los españoles que En ella estauan, que en Yndias no se a visto otra como ella... E la dicha guerra que ansy los yndios dauan fué larga e duró mucho"<sup>34</sup>. Sobre todo, como recordaba muy bien Lucas Martínez, los españoles veían con terror la retirada de los indios porque sabían que esa misma noche, al "lleno de la luna"<sup>35</sup>, volvían al ataque poseídos de una furia inusitada. Entonces fue que los españoles, Maldonado entre ellos, luchando por calles y plazuelas lograron abrirse camino y capturar la fortaleza de Sacsahuamán, hecho que alivió un tanto a los cristianos y desmoralizó a los aborígenes. Luego vino Almagro con su gente desde Chile y Manco creyó prudente retirarse a estudiar la nueva situación. El hambre, además, estaba haciendo estragos en sus filas. El Cusco quedó entonces ruinoso e incendiado, pero también en paz. Los soldados hicieron sus recuentos y Maldonado se percató, con gran dolor de su parte, que la vida había subido demasiado por causa de aquella guerra. Como vecino y encomendero tenía obligación de sustentar caballo, pero se dolía de que calzar con cuatro herrajes un equino le costara ahora veinticinco pesos de oro... Como todo ambicioso, Diego Maldonado había conocido la avaricia<sup>36</sup>.

### La encomienda

Después de esto, Diego Maldonado participó en varias batidas contra el Inca, pero en ninguna se logró tomarlo prisionero. Manco conocía muy bien la cordillera y en ella los caballos se cansaban fácilmente. Dispuso entonces a un capitán indio que bajara por la serranía de Andahuaylas y atacara a los viajeros, incendiando de paso los poblados. El indio cumplió con presión la orden dada y, en vista de eso, los españoles del Cusco enviaron contra él a Diego Maldonado. Este partió con muchos soldados y caballos a la sierra de los chancas y por algún tiempo se dedicó a correr la comarca de Andahuaylas... pero volvió sin el capitán del Inca. A pesar de ello no estuvo demás el haber incursionado aquella zona, porque gratamente impresionado por el paisaje y por su gente, Maldonado pidió a Pizarro que allí le diera su encomienda<sup>37</sup>.

Vuelto al Cusco, ciudad de la que había sido Alcalde el año 35, se halló con la sorpresa de que la Corona lo había hecho Regidor perpétuo. La cédula estaba fechada en Madrid a 11 de marzo de 1536 y lo confirmaba munícipe "del pueblo donde Resydieren el governador y oficiales de la prouincia del Perú"<sup>38</sup>. En realidad era un Regi-

miento para Lima, pero por estar allí cubiertas las vacantes y radicar el agraciado en el Cusco, se transfirió la merced a esa ciudad. No era que hubiese dado fruto el cuantioso donativo que tiempo antes había hecho al Emperador<sup>39</sup>, más bien era su amistad con los Pizarros la que le había alcanzado el Regimiento. Esta amistad con los extremeños, precisamente, lo tornó a encumbrar de Alcalde del Cusco en 1537. Además, fue su mayor recomendación para obtener la soñada encomienda de Andahuaylas<sup>40</sup>.

Pero aquellos tiempos era muy movidos y mientras los Almagros comerciaban con la paz, los Pizarros asustaban con la guerra. Y como todo podía depender de la audacia de un momento, Diego de Almagro terminó por apresar a Hernando Pizarro. Este, para evitar rapiñas en su casa, "algunas Juias conocidas de oro y plata y las ropas del ynga mandó (entonces) dar a diego maldonado, alcalde, que las tuviese en depósito para dar su residencia en su tiempo"<sup>41</sup>. Este hecho fue muy comentado en la ciudad del Cusco, pues probaba la gran amistad de Maldonado con el altivo Hernando. Sin embargo, lo censurable estuvo en que veintiocho años después, Maldonado se negaba a devolver estos bienes que se le habían confiado<sup>42</sup>.

Así las cosas, el 18 de abril de 1537, Diego Maldonado fue uno de los Regidores del Cusco que recibieron a Diego de Almagro por Gobernador de la Nueva Toledo, documento que luego usó el Adelantado para demostrar que dicha ciudad jamás quedó en Nueva Castilla. Dicen que Maldonado actuó forzado por el miedo, es factible que haya sido así<sup>43</sup>. La verdad es que más tarde, cuando libre Hernando Pizarro volvió al Cusco a dar la batalla decisiva, desconfiando Almagro del Regidor Maldonado, lo mandó prender por razón de sus simpatías con el bando de los extremeños<sup>44</sup>. Por esta causa no asistió a la rota de Salinas, pero después de ella salió a la calle victorioso y presumiendo de martirio por haber sufrido persecución de los de Chile.

El hecho, por no pasar inadvertido, mereció pronto recompensa, y el Gobernador Pizarro —en Lima, el 15 de abril de 1539— le dió el repartimiento de Andahuaylas y todos los pueblos de su jurisdicción, de los cuales era curaca el jefe chanca Huasco<sup>45</sup>. Dicho repartimiento era riquísimo. Producía madera, carbón, cuerda y cestos de cabuya, fina lana de auquénidos, algún sebo que los naturales habían aprendido a beneficiar y varios hornos destinados a la fabricación de tejas. Pero en lo que más mostraba su riqueza aquella tierra era en los alimentos que ofrecía, destacando, entre otros, trigo de Castilla y maíz, papas, chuño, ají, mucha variedad de frutas, pescado de río, gallinas, perdices y ovinos. El pueblo debía dar, además de lo ya dicho, un cordero y una oveja para cada día de las tres pascuas del año. Tam-

bién una docena de indios e indias para el servicio de la casa del encomendero, sin contar otros nativos destinados a guardarle los ganados. Como si esto fuera poco, tributaba mucho muelle y alguna cantidad de coca. El de Andahuaylas era, pues, uno de los repartimientos más ricos del Perú, añadiendo a esta fama la de tener los mejores pastos de la sierra<sup>46</sup>. Cumpliendo con el requisito mayor que le imponía la Corona, Diego Maldonado encomendó la evangelización de estos sus indios a los frailes franciscanos<sup>47</sup>.

### Las Guerras peruleras

Pero si los Pizarros ganaron en las Salinas, los de Chile asesinaron al Marqués y un Almagro ruevamente trató de alzarse con la tierra. La noticia del asesinato llegó al Cusco y la ciudad se plegó a los rebeldes, aprovechando —afirma Cieza— que Diego Maldonado con Juan Vélez y Gómez de Tordoya estaban lejos<sup>48</sup>. Efectivamente, Maldonado estaba de viaje para España comisionado por el Cabildo cusqueño para pedir mercedes al Emperador. Pero en Panamá se enteró de la muerte del Marqués Pizarro y, siempre fiel al bando de los extremeños, no titubeó en regresar al Perú y juntarse a Vaca de Castro en Popayán. Parecían animarlo pensamientos de venganza para con los enemigos de su antiguo jefe. En todo caso no andaba muy lejos de tenerlos. Por mar salió entonces de Panamá y desembarcó en Buenaventura, pero, por haber pasado muchos días, sólo pudo alcanzar al licenciado Vaca de Castro en San Francisco de Quito<sup>49</sup>.

Con el nuevo Gobernador avanzó hasta Huaraz y allí, por ser Maldonado "tan prencipal y conocido de todos"<sup>50</sup>, éste lo envió con Lorenzo de Aldana a parlamentar con Perálvarez Holguín, logrando entonces que dicho general se pasara a los realistas y entregara sus banderas.

Así prosiguió Maldonado hasta Huamanga mientras los indios andahuaylas escondían los bastimentos, ante la proximidad de los almagristas, obedeciendo órdenes de su encomendero. Además, el curaca Huasco tenía una provisión de Vaca de Castro sobre que si algún español de los de Chile se desmandase, lo pudiese matar sin que nadie le tomase cuentas<sup>51</sup>. Pronto se iban a ver los frutos de todo esto, porque ya Almagro el Mozo en la carta que escribió a Vaca de Castro desde Vilcas, aseguraba "estar los indios de la tierra de guerra e no perdonar la vida a ningún cristiano. E dicen ellos e lo certifican, que por mandado de Vuestra Merced lo hacen, e así lo envía a decir de parte de Vuestra Merced (Diego) Maldonado a un criado suyo que se llama Juan de Pinos, que está en sus pueblos que lo haga efectuar, e

(Melchor) Palomino é otros vecinos de Guamanga los existen también en ello: é así ha sido causa de matar a diez cristianos...<sup>52</sup>.

Por fin, el 16 de setiembre de 1542, se dió en los llanos de Chupas la batalla al Mozo Almagro. Afirman los cronistas que entre los hombres que más se distinguieron al lado de Vaca de Castro estuvo Diego Maldonado, "que después adquirió el sobrenombre de Rico"<sup>53</sup>. Agradecido el Gobernador, por provisión fechada en Lima el 26 de julio de 1543, le añadió a sus indios andahuaylas ciertos pueblos de la comarca cusqueña<sup>54</sup>.

Lo que sigue está ya vinculado a la Rebelión del Gran Gonzalo. Cuando los encomenderos lograron atraer a Gonzalo Pizarro al Cusco, convenciéndolo de que nadie sino él podía ser la salvación del reino, entre los primeros que se comprometieron con él estuvo Diego Maldonado "llamado comunmente el Rico"<sup>55</sup>. Maldonado había estado en Lima esperando que entrase Núñez Vela, pero sabedor de lo estricto que venía en lo tocante a las Ordenanzas, decidió volver al Cusco por la vía de Andahuaylas<sup>56</sup>. En su encomienda, dice Cieza, recibió una carta de Gonzalo en que le anunciaba haber sido nombrado Capitán General contra el alzado Manco Inca. Pero en el fondo del escrito bullía otra intención y esta era forzar a Maldonado a que lo recibiera en el Cabildo del Cusco por Justicia Mayor y Procurador General del Perú<sup>57</sup>.

Instado por las circunstancias Maldonado prosiguió hasta el Cusco, pero una vez allí trató de disculparse frente a la elección, alegando ignorancia jurídica y precisando el asesoramiento de un letrado. De este modo consiguió evadirse, aunque momentáneamente, porque esa misma noche el capitán Cermeño lo sacó de la cama y poniéndolo entre sus arcabuceros lo condujo a la casa de Gonzalo. Allí lo obligaron a firmar un voto, pero Maldonado tuvo maña para poner en el papel "una firma falsa y diferente de la que hacía"<sup>58</sup>. Puesto inmediatamente en libertad, mandó llamar en secreto al escribano Gómez de Chávez y ante él, con todos los visos que pedía la legalidad, hizo una protesta de lo ocurrido, explicando que su voto era nulo por ser fruto de violencia, que su firma era falsa a pesar de haberla dibujado él mismo y que, igualmente, era falsa toda su adhesión al Gran Gonzalo pues su corazón estaba hecho para seguir sólo al Rey. Recién entonces Maldonado debió sentirse seguro por el pecho y por la espalda. Es verdad que estaba con Dios y con el diablo, pero, a su entender, de algún modo tenía que salvar la vida y la hacienda<sup>59</sup>.

Lo cierto es que como Gómez de Chávez tenía interés en callar, no hubo nadie que delatará su verdadera filiación política. Por ello Gonzalo no dudó en hacerlo su Alférez Mayor, cargo que Maldonado rechazó modestamente<sup>60</sup>. No pudo, sin embargo, hacer lo mismo con

el Ayuntamiento, en el cual salió elegido Alcalde y, por añadidura, Capitán<sup>61</sup>. De este modo, cuando Gonzalo partió a Lima a enfrentarse al Virrey y anular las Ordenanzas, en el Cusco "dejó como lugarteniente suyo a Diego Maldonado"<sup>62</sup>, pensando "que era valeroso y vezino de la ciudad"<sup>63</sup>. Fue un error del nuevo Procurador General, porque ya el Rico mostraba jugar a dos barajas y ambas las conocía muy bien.

### Con Dios y con el diablo

Como era de esperar, Maldonado estaba ya en conversaciones con Gaspar Rodríguez de Camporredondo, Diego Centeno, el clérigo Baltasar de Loaiza, Juan Julio de Hojeda y Diego de Peralta Cabeza de Vaca. Quería de ellos, especialmente del último, conseguir del Virrey ciertos perdones que le aseguraran la vida y hacienda. Todo, por cierto, a cambio de alzar pendón por el Monarca y quemar los puentes del Apurímac para evitar la retirada de Gonzalo al Cusco<sup>64</sup>. En síntesis, esto era lo que por aquellos días pensaba Diego Maldonado, "que por su mucha riqueza que tenía le llamaban el rico, y era allí theniente de Governador y Capitán General por Gonçalo Piçarro"<sup>65</sup>.

Con este preámbulo es ya fácil deducir que su traición fue inminente. Confabulado con el Regidor Alonso de Mesa empezó a ganar soldados pobres para la causa del Rey, pero llegado el momento decisivo se encontró Mesa solo en el centro de la plaza y rodeado de muy pocos fidelistas. El hecho resultó un fracaso para el Mesa, pero Diego Maldonado (que acariciaba la idea de ser el único caudillo) salió entonces a la plaza diciendo a grandes voces: "¡Viva el Rey é yo alzo esta bandera por el Rey"<sup>66</sup>. Contra todos sus pronósticos acudieron otros pocos españoles y el gesto no llegó a originar una revuelta. A estas alturas apareció el Alcalde Francisco de Villacastín quien dió con todos en la cárcel y se preparó a darles tormento. En el potro confesó Mesa comprometiendo a muchos y Villacastín, por evitar escándalos, se limitó a desterrar a los cabecillas a Lima para que allí comparecieran ante el Gran Gonzalo y fueran castigados por él. Tal como se dispuso, Maldonado y Mesa, "dende a ciertos días llegaron ante Gonçalo Piçarro... los quales viendose en su presencia, y entre otras cosas que allí passaron, los dos le pidieron perdón, disculpándose de lo que contra ellos se auia dicho, y que vsase de clemencia y benignidad con ellos. La qual consiguieron a causa de si él hiziera justicia dellos, siendo tan principales hombres en la tierra, que luego los amigos de los dos dixeran que era muy cruel y vengativo y que no era hombre para ser Governador..."<sup>67</sup>.

De allí en adelante, Maldonado el Rico se contó entre los más fieles gonzalistas y al lado del Gran Gonzalo marchó detrás de sus banderas hasta la ciudad de Quito en persecución de Núñez Vela. En Quito, precisamente, tuvo un percance por demás desagradable, pero que a la postre sirvió para afianzar su prestigio de rebelde. Fue el caso que estando Gonzalo Pizarro en su casa, recibió la visita de Diego Maldonado, quien luego de adularlo unos momentos pretendió llevarlo al camino de la reflexión proponiéndole entrar en negociaciones con el Rey. Gonzalo le mandó callar y salir de su morada, pero esa misma noche con idénticas razones a las expuestas por el Rico apareció una carta anónima en la recámara del Gran Gonzalo. Una vez más el Capitán Cermeño y sus arcabuceros tomaron preso a Maldonado y lo llevaron a la casa del caudillo rebelde. Allí, Francisco de Carbajal dicen que dijo: "no es menester alargar más tiempo en dar la vida a este que ya vive de gracia y tiene merecida la muerte desde el tiempo que salió del Cusco"<sup>68</sup>, y diciendo estas palabras lo quiso echar por unas ventanas abajo. Se interpusieron algunos y el Maestro de Campo no pudo concluir su deseo. Pero quedando siempre cautivo Maldonado hízolo llevar a su posada y una vez en ella, encarándose con él a solas, le preguntó socarronamente: "buen caballero y señor capitán, el más rico de todos los del Perú, ved esta carta (a) mi señor y decídme que os movió a escribir lo que se contiene, porqu'el gobernador mi señor no tenía necesidad de consejo"<sup>69</sup>. Nada explícito debió de mostrarse el preguntado cuando se confió su sinceridad al tormento. Puesto en él tampoco se sacó mucho en claro, pero habiéndose reconocido en el papel la letra de Rodrigo Niño, Gonzalo mandó traer a su presencia a Maldonado y una vez delante suyo, lo abrazó y pidió perdón. Después de esto, continuaron inseparables la persecución del Virrey hasta Otabalo<sup>70</sup>.

### La fuga

Iñaquito fue un combate bárbaro y cruel donde perdió la vida el incauto Núñez Vela. Preso y cortada su barba para servir de adorno a un sombrero, un negro decapitó al Virrey de un solo tajo, levantando luego la cabeza para enseñarla por trofeo de victoria. La batalla se dió el 18 de enero de 1546 y en ella no tuvo una actuación oscura Maldonado el Rico, a pesar de lo mucho que quiere disculparlo Cieza<sup>71</sup>. Por ello, cuando tornaron de esta guerra y pasaron por Trujillo, Maldonado era para el Gran Gonzalo uno de sus "doze capitanes de los más principales y famosos que él tenía"<sup>72</sup>. Muchas noches cenaban juntos y después de una larga sobremesa se retiraban a descansar. Todo había cambiado tanto que ahora el Maestro de Campo

Carbajal debía favores al Rico Maldonado. En efecto, cuando cubrió por su albornoz y cabalgando su mula hermeja llegó enfermo al pueblo de Andahuaylas, los indios de Maldonado lo salieron a recibir y también lo curaron, entendiendo que era amigo de su encomendero<sup>73</sup>. Maldonado, pues, había amarrado las manos al Demonio de los Andes, y aunque todavía no contaba con su favor, pensando en su buena estrella aspiraba a convertirse en el hombre de confianza de Gonzalo. Ya era uno de sus doce capitanes y con ellos se sentía poco menos que uno de los doce Barones de Francia en torno a su padrino Roldán. Gonzalo, por lo demás, prefería ocupar un sitio de Carlomagno y sentirse de una vez por todas Emperador del Perú. Se llamaba Gonzalo y deseaba que lo sobrenombraran El Grande, pero para ir preparando el terreno comenzó por permitir el tratamiento casi real de Muy Magnífico. ¡Feliz él que contaba con tan fieles capitanes para forjar un Imperio! ¡Feliz él, que en breve sería Emperador del Perú!

Pero he aquí que Maldonado el Rico fue a dar al bando de los realistas sin pensarlo ni quererlo. Sucedió que el Capitán Martín de Robles fracasó una noche en su intento de asesinar a Gonzalo Pizarro y deseoso de escapar sin riesgo alguno, "se fue derecho a la tienda de Diego Maldonado, al qual hallandole descuydado y durmiendo, le despertó y le dixo con grande ahinco, como que estaua espantado. ¡O Señor Maldonado!, ¿cómo duerme vuesa merced sin cuydado de su persona y vida?, leuántese ¡cuerpo de mí! antes que vengán por él, porque esta noche fue acordado, en la consulta que tuuimos que viesse morir a garrote; y como se tardava en leuantar, no creyendo lo que le dezían, le tornó a decir. O cuerpo de Dios, señor Maldonado!, leuántesse ya antes que Francisco de Carauajal llegue para lo prender, porque ya verná; y el Maldonado, como oyesse nombrar a Carauajal, temió con gran temor, porque luego sospechó que le querían matar porque se auia rescebido aquella noche cartas de Lorenço de Aldana y tuuo creydo que ya se sabría. Assi como estaua desnudo y en camisa y sin vestirse ni calçarse, si no fue tomar vna tvrca larga, se levantó prestamente de la cama y se fue por un cañaueral adelante, y quando amanesció fue a dar a la mar y passó a los nauios aquella madrugada en vna balsa de cañas y madera seca que hizo prestamente un yndio, y aynas se ahogara el pobre viejo por auersse cansado el yndio en nadar y en tirar de la balsa, y de los capitanes (del Rey que lo ayudaron desde los nauios) fue muy bien rescebido"<sup>74</sup>.

Mientras esto pasaba, Martín de Robles se apersonó a Gonzalo para informarlo de la fuga y pedir la captura de Maldonado. Gonzalo no titubeó en dársela, porque sospechaba que el huído se había refugiado en el convento de los dominicos de Lima, y entonces Robles

—luego de juntar algunos amigos y tomar los caballos de Maldonado— salió sin tropiezo rumbo al norte en busca de don Pedro de la Gasca <sup>76</sup>.

Maldonado el Rico supo aprovechar este soplo de ventura y sin pérdida de tiempo dejó las naves y pasó a Jauja, donde a su vez se juntó al Presidente <sup>76</sup>. Este, que lo creía muerto, se alegró con su llegada y recordó que cuando marchó Aldana con Pedro de Hinojosa a Tierrafirme, Pero López de Cazalla (el que luego fue secretario de Gasca) llevó para él una carta o promesa de Maldonado en la que le hacía constar su fervor por la Corona. El jugar a dos barajas le había dado resultado al encomendero más rico del Perú <sup>77</sup>.

Lo cierto es que una vez en Jauja, Maldonado siguió con Gasca hasta Andahuaylas, donde sus indios sirvieron al ejército real con víveres y ropas <sup>78</sup>. Sin embargo, agradecieron mucho los naturales cuando Gasca decidió partir de allí, porque habían sido tales los excesos de la tropa que dejaron poco menos que perdida aquella tierra. Maldonado siguió con el Presidente hasta el 9 de abril de 1548, fiesta de santa Casilda, fecha en la que como capitán de la retaguardia de caballos asistió a la batalla de Jaquijahuana. Luego de ella presenció el ajusticiamiento del Gran Gonzalo, aquel que solía llamarse el Muy Magnífico, y el de su Maestre de Campo Francisco de Carvajal ese que, cuando fugó el Rico de su campamento seguido de Martín de Robles, se puso a canturrear:

“Estos mis cabellos, madre,  
dos a dos se los lleva el ayre” <sup>79</sup>

### Mendigando simpatías

Entre pífanos y atambores acompañó entonces al Presidente hasta la ciudad del Cusco. Una vez allí, “El Oydor Andrés de Cianca y el Oydor Ramírez de Quiñones fueron aposentados en las casas de Diego Maldonado el Rico” <sup>80</sup>. Bastante tiempo vivieron en ellas los Oidores y durante la cómoda estadía no faltó ocasión en la que el Rico les contara aquella historia del licenciado Cepeda, cuando trató de sobornar a su médico para que lo envenenara por ser fiel a la Corona <sup>81</sup>. También les refería sus apuros cuando a bordo de la balsilla, con la espada entre los dientes para no dejarla en poder de los rebeldes, le faltaba el aliento para continuar braceando y acercarse a los barcos de su Majestad... <sup>82</sup>. Pero luego de narrar todo esto con lujo de detalles, hacía el dolido por la ingratitud de Gasca en Huaynarima, pues allí el Presidente había premiado a muchos traidores reconciliados con la real Corona y, en cambio, no dió ninguna merced a otros

fieles como él... Los Oidores escuchaban una y otra vez sus relaciones, pero la verdad es que, dados sus antecedentes, nada le podían ofrecer. Entonces el Rico insistía en que si había andado con Gonzalo había sido por salvar la vida, más los huéspedes se revolvían incómodos sobre sus asientos y no sabían como salir del compromiso<sup>83</sup>. Por fin una mañana pudieron pagar con algo su hospedaje. Por cortejar a una dama cayó desde un terrado Benito Suárez de Carbajal, que tenía el cargo de Corregidor del Cusco y, a consecuencia del golpe, perdió la vida y el cargo. En realidad vino a ser una caída providencial, pues no habiendo nadie dispuesto a levantar la vara que dejó en el suelo, los Oidores la entregaron a Diego Maldonado, el Rico<sup>84</sup>.

Lo cierto es que como Corregidor Maldonado no hizo nada digno de tomarse en cuenta, pero gracias a su nuevo puesto se dió maña para asegurar sus bienes y salvar definitivamente la encomienda de Andahuaylas. Hecho esto dejó la vara, por haber sido nombrado oficialmente para ella Juan de Saavedra, quien pronto tendría oportunidad de aborrecerla por las desavenencias surgidas con Francisco Hernández Girón y su famosa entrada de los chunchos. Pero el vendaval pasó y Girón marchó a Lima a cumplir su palabra de presentarse a la Audiencia. El Inca Garcilaso añade que "Diego Maldonado, el Rico, por hacerle amistad, porque era vecino suyo calle en medio, y las casas de frente la una a la otra, se fue con él hasta Antahuaylla, que está cuarenta leguas del Cusco, que eran indios y repartimiento de Diego Maldonado, y también lo hizo porque a él convenia ir a visitar sus vasallos"<sup>85</sup>.

Pasado un tiempo, creyendo los ánimos calmados, Maldonado tornó al Cusco. Pero lo hizo a tiempo inoportuno como que recién llegaba la noticia de que Sebastián de Castilla era alzado en Charcas y la orden de que todos debían aprestarse a combatirlo. Entonces fue que los vecinos "entraron en Cabildo, y eligieron a Diego Maldonado, que llamaron el Rico, por general, por ser el regidor más antiguo que había"<sup>86</sup>. Pero Maldonado era hombre de gran suerte y antes de hacer alardes y derramas le egó la nueva del desbarato de los revoltosos. De este modo se canceló la salida que los vecinos pensaban hacer con Maldonado hacia el Collao.

Pero si del motín de Miranda, Barrionuevo y Melgarejo se vió libre por estar en Andahuaylas y con lo de Don Sebastián tampoco tuvo que hacer mucho por haber abortado el movimiento<sup>87</sup>, no ocurrió lo mismo cuando por segunda vez pretendió alzarse Francisco Hernández Girón, su vecino de morada. El principio fue la boda de Alonso de Loaiza y por ello acudieron a su casa los encomenderos de la ciudad y otros caballeros principales. Hubo alegría general, se sirvieron muchas viandas y se brindó con buenos vinos de Castilla. Pero mientras Maldonado el Rico pasaba alborozado la velada, afuera, sentado

en una silla del salón, estaba Francisco Hernández "más suspenso e imaginativo que la misma melancolía" <sup>88</sup>.

Efectivamente, salido Girón al poco rato de la casa, volvió a ella en son de guerra y con ánimo de prender al Corregidor. Este se refugió entonces en la última pieza, junto con las mujeres, y por cerrar tras sí la puerta no pudo entrar a tiempo Diego Maldonado. Allí lo halló pugnando por abrirla Gaspar de Saldaña, natural de Guadalupe y vecino de La Plata, pero por más que el Rico golpeaba la puerta "nunca le quisieron abrir" <sup>89</sup>. Con Saldaña huyó entonces al corral y por los tejados del Factor Juan de Salas salieron a la calle para correr a ocultarse en una ranchería de indios. Allí pasaron todo el día siguiente, pero llegada la noche partieron sin ser vistos al pueblo de Huata, que eran indios de Maldonado. Durmiendo de día y fugando en la oscuridad llegaron por fin a Andahuaylas. Pero por no sentirse muy seguro entre esos sus indios a los que siempre había esquilado, el Rico prosiguió a Lucanas, tierra más tortuosa y segura <sup>90</sup>.

### El arcabuzazo

En este pueblo supo que el capitán Lope Martín estaba con tropas leales no muy lejos y, para juntársele, salió de su retiro seguido por alguna gente. Mas esta vez le fue adversa la fortuna y apresado por una patrulla gironista fue conducido a Huamanga. Allí se enteró Maldonado que el Maestre de Campo de Girón "lo pensaba colgar en una calle de la dicha cibdad de guamanga por donde pasase todo el ejército del dicho tirano" <sup>91</sup> y no gustándole la idea pidió socorro a varios vecinos de la localidad, sus antiguos compañeros de conquista. Entonces fue que intervinieron unos pocos encabezados por Melchor Palomino y, una noche de tormenta, lo hicieron escapar. Muchos días anduvo fugitivo por los montes y quebradas, pero después de padecer hambres y fatigas avistó el campamento del Mariscal Alonso de Alvarado <sup>92</sup>.

El Mariscal lo recibió afectuosamente y le comunicó sus planes de batalla, pero Diego Maldonado —a decir del Inca Garcilaso— no se mostró muy convencido con la estrategia de Alvarado. La propia víspera del desastre de Chuquina se entrevistó nuevamente con el Mariscal y le planteó los inconvenientes del terreno, pero Alvarado **estaba demasiado seguro de sí mismo** y ningún caso hizo a la advertencia <sup>93</sup>. De este modo "entró Lucifer en el Mariscal" <sup>94</sup> y amaneció el 21 de mayo de 1554. Entonces fue que rompieron los escuadrones y pareció estallar la arcabucería. La de Chuquina fue una acción dura y sangrienta pero sin laureles para la causa del Rey. Más aún, la derrota de Alvarado fue absoluta y espantosa. Vislumbrándose ya cerca el triste epílogo, un disparo echó por tierra al caballo de Diego Mal-

donado. Los soldados rebeldes trataron de caer sobre el Rico, pero entonces Juan Arias Maldonado —su bastardo mestizo— le alcanzó su cabalgadura para que pudiera escapar, como lo hizo<sup>95</sup>. Y cuando con Lorenzo de Aldana y el Mariscal galopaba por la escabrosidad de la sierra para irse a reunir con los Oidores, dicen que Girón al verlos comenzó a cantar:

“No van a pié los romeros  
que en buenos caballos van...”

De verdad que los equinos debían ser inmejorables, porque en ellos no pararon hasta Lima. En la capital Maldonado se juntó con los Oidores. Un raro entusiasmo parecía animarlo a esas alturas. Estaba viejo, era verdad, pero sentía renacer en él los ardores militares de su juventud. Entusiasmado con su fogosidad de mozo, tornó a salir para la sierra con las tropas de la Audiencia. Así pasó por Jauja y arribó finalmente a Pucará, donde el 8 de octubre se decidió dar la batalla. El viejo seguía empeñado en abatir a los rebeldes y cabalgando un caballo overo se le vió desde temprano moverse entre los leales. Todo parecía evidenciar victoria para el Rey. En esto se abrieron los fuegos y mientras las trompetas incitaban al ataque y la caballería comenzaba a moverse con un ruido semejante al redoblar de un atambor, un disparo salido del campo adversario derribó al Rico Maldonado de su silla<sup>96</sup>. Las probanzas nada dicen del lugar en que fue herido. Sólo explican que esta herida no pudieron curar los cirujanos y que, por tanto, la conservó abierta hasta el momento de morir. Las heridas de los viejos sólo cierran en la tumba<sup>97</sup>.

### Las islas de Tupac Inca

Después de esto, Diego Maldonado volvió a la ciudad del Cusco en una silla de manos. Ahora sí tenía una herida de verdad y nadie podía dudar de su existencia. Retirado a su casona de piedra buscó en ella consuelo y curación. Allí lo recibió doña Francisca de Guzmán, su esposa, dama castellana de la Casa de los Escobedos, como hija que era de Hernán Cómez de Escobedo, caballero principal de Talavera de la Reina<sup>98</sup>. Estos Escobedos toledanos eran nobles y de origen montañés. Decían venir del linaje de Escobar y por ello, a más del roble verde en campo de oro, traían cinco escobas azules en su escudo<sup>99</sup>. Todos recordaban que cuando doña María se casó, Maldonado el Rico le obsequió una famosa esmeralda llamada “La Doncella”<sup>100</sup>.

Por lo demás, la casona del Rico era grande y señorial. Quedaba en la parte meridional de la Plaza del Cusco, detrás de las tiendas de los principales mercaderes<sup>101</sup>. Por razón de su dueño, precisamente, esa parte de la cuadra se comenzó a llamar "calle de Maldonado"<sup>102</sup>. El Inca Garcilaso, al evocar aquel sector del Cusco, dice: "A las espaldas de las tiendas principales están las casas que fueron de Diego Maldonado, llamado el Rico, porque lo fue más que otro alguno de los del Perú: fue de los primeros conquistadores. En tiempo de los Incas se llamaba aquel sitio Hatun Cancha: quiere decir barrio grande. Fueron casas de uno de los reyes llamado Inca Yupanqui. Al mediodía de las de Diego Maldonado, calle en medio, están las que fueron de Francisco Hernández Girón... Llámase aquel barrio Puca Marca, quiere decir, barrio colorado"<sup>103</sup>.

Pero aunque opulento y con mujer hermosa, Maldonado nunca vió alegrarse su morada con el advenimiento de un vástago legítimo. En la fría sala de piedra decorada con tapices que historiaban la vida de Jacob, sólo reinaba el silencio. Sus sueños de fundar un mayorazgo habían sufrido con ello un rudo golpe. Su matrimonio había sido estéril. Paradójico, pues, y hasta cruel resultaba para Diego Maldonado recorrer con su vista las paredes y ver en sus tapices la figura satisfecha de Jacob, venerable y patriarcal, rodeado siempre por sus doce hijos...<sup>104</sup>.

Pero el Rico era hombre que disimulaba y por eso sus contemporáneos lo creyeron feliz. Tenía fama de chispeante y los soldados se reían mucho porque, conociendo todos su sinuosidad política, le oían decir "que cuando en su casa cantauan los gallos, decían: Servir al Rey"<sup>105</sup>. Otras veces apuntaba maliciosamente a las casas de Francisco Hernández y susurraba que por no haberle hecho caso a sus gallos había perdido la cabeza el caudillo cacereño. No era que se lamentara, porque después de la batalla de Pucará tuvo la ocasión de comprar la mansión del rebelde a bajo precio, evitando que la justicia derribara sus muros y sembrase el terreno con sal. Y el charlista terminaba todo con alguna anécdota picante sobre aquel capitán cacereño que no hizo caso a los gallos del capitán aldanés.

Pero de regreso a su morada, cuando se apartaba de los soldados que quedaban festejándolo, el Rico sentía el dolor de su l'aga y el fracaso de su vida. La falta de un legítimo sucesor se le había trocado en obsesión. Muchos bienes, pero ningún hijo para heredarlos. Uno sí, el bastardo Juan Arias Maldonado tenido en una princesa de sangre real llamada doña Lucía, esa que le dió Pizarro en Cajamarca. Pero el mestizo, además de irresponsable, era de un carácter belicoso. Su amor a la revuelta lo había hecho combatir por el Rey en Jaquijahuana, Chuquinga y Pucará, batalla esta última donde fugó de Girón

a los Oidores. Sabía leer y escribir, pero más que hombre culto era un mancebo aturdido. No bastaba, pues, con legitimarlo, porque convertido en dueño y señor de sus riquezas dilapidaría toda la fortuna paterna y lejos de las gentes nombrarlo Maldonado el Rico, acabarían por llamarlo Maldonado el Pobre<sup>106</sup>.

Pero ni siquiera con este problema que tanto lo amargaba, Diego Maldonado oívidó de extorsionar a sus indios. Convencido de que aún podía sanar para dirigir una expedición a ciertas islas del Mar del Sur que descubriera Túpac Inca, todo dinero le resultaba poco para invertirlo en la marina empresa... Ahuachumbi y Niñacchumbi eran estas insulas doradas que él pensaba conquistar. Por ello ordenó a sus mayordomos de la encomienda que cobrasen prestamente los tributos y no consintiesen la menor dilación. Los de Andahuaylas, a decir verdad, eran indios a los que las Guerras Civiles habian dejado deshechos, pero el Rico tenía el corazón de piedra y sólo se acordaba de ellos al momento de cobrar. Por eso instaba a sus mayordomos a no perdonar tardanza alguna y a que consiguiesen los tributos usando medios de violencia. Los chancas, entonces, aprendieron a odiar a su avaro encomendero, también a su bastardo hijo que era el mayordomo mayor<sup>107</sup>.

Pero las quejas no eran sólo de Andahuaylas. También a sus indios de los còcales aledaños a los Antis, obligó que duplicaran el producto de las chacras y aceleraran el acarreo de la coca. Por otro lado, don Pedro Atahualpa, curaca de Urco-Urco y Chuquimatero, en el valle de Quispicanchis, se querelló ante el Corregidor del Cusco (representando a todos los naturales de su parcialidad) de que Maldonado el Rico "usando de violencia se apoderó de ciertas tierras propias de los dichos indios de Urco-Urco, e hizo en ellas unos bohíos en los que puso unos yanaconas"<sup>108</sup>

Luego de esto, Maldonado, haciendo gala de indolente, se dedicó a vender coca "verde y seca a cala de cuchillo y no tocada de gusano, del peso y tamaño de la ordenanza"<sup>109</sup>. Esta coca se expendía por cestos y el precio de cada uno era dos pesos de plata y siete tomines, arancel siempre vigente en las minas de Potosí. Sus indios de Pumarca, cerca del Cusco, eran los encargados del transporte. Sin embargo, aunque sus arcas se llenaban día a día, igualmente decrecía su salud por causa de la maldita llaga en que habia degenerado su herida de Pucará. Trató de curarla utilizando primero los servicios de los más eminentes físicos y cirujanos, pero la llaga no cerró. Se confió entonces a los herbolarios indios, pero el resultado fue el mismo. No obstante, quería sanar a todo precio para poder comandar la expedición a las doradas islas. Lope García de Castro, el gobernante que habia sucedido al Virrey Conde de Nieva, estaba muy animado

con su proyecto y si bien es cierto que el Rico no era el único que postulaba a la dirección de la empresa, era el candidato de más fuerza, según lo creía entender. Desgraciadamente, estando así las cosas, su hijo, el bastardo Juan Arias Maldonado, lo echó todo a perder con su mal comportamiento <sup>110</sup>.

### El hijo mestizo

El mozo estaba desterrado por su padre en Moyamarca, pero desde allí el mestizo se dió tal maña, que pronto se convirtió en cabecilla de una rebelión armada. Este motín se planeó por 1566 y la mira de los confabulados era nada menos que asesinar al Gobernador García de Castro y alzarse con el Perú. Todos los mestizos secundaban a Arias Maldonado, pero alguno debió ser poco discreto cuando descubrió la conjuración. Fracasado el movimiento el bastardo no quiso sufrir las consecuencias de la derrota y a uña de caballo entró al Cusco la víspera de Pascua de Navidad, solicitando la protección paterna. El Rico, luego que lo vió en su casa, "no lo quiso admitir ni hablarle porque havia venido desde Limatambo... sin su licencia" <sup>111</sup>. Pero el perseguido le explicó que había osado salir de su destierro sólo por salvar la vida, que lo escondiese y lo librase de morir. Mas el padre, lejos de ver al hijo perseguido sólo vió las islas que se esfumaban, y haciéndose el sordo a las súplicas del desesperado, dejó que la justicia lo prendiese. Entonces el mestizo fue cargado de cadenas y a lomo de mula conducido a Lima <sup>112</sup>.

La gente nunca se pudo explicar cómo el hijo del más opulento encomendero del Perú, desdeñando los 30,000 pesos de renta que le esperaban a la muerte de su padre, se hubiera convertido en un traidor a su Rey. La realidad parece haber sido otra. Harto de valer sólo como hijo de su padre, el mestizo buscó alcanzar renombre por su propia mano. Pero fracasó en su intento y con él fracasó la primera rebelión mestiza del Perú. En la oscuridad de la cárcel limeña, purgó sus sueños de libertad. El hijo del más rico vecino del Perú, tuvo que conformarse con el duro pan que le alcanzaba la limosna <sup>113</sup>.

Padre, al fin y al cabo, Maldonado el Rico descubrió que tenía corazón. Mandó entonces a sus mozos que ensillasen los caballos, cargó mu'as con ropa y otros implementos de viaje y, corriendo el riesgo de que su llaga empeorase, salió del Cusco con rumbo a la Ciudad de los Reyes. A esta capital entró inquiriendo por su hijo. Cuando supo dónde estaba marchó a ver al Gobernador. Lope García de Castro lo recibió fríamente, como al padre de su presunto asesino. Las doradas islas del Mar Oceano se terminaron de esfumar. El Rico habló con él, con los Oidores y otros personajes influyentes, pero nadie lo

ayudó. Sólo después de muchas rogativas y humillaciones, logró una orden de libertad. Juan Arias volvió a ver la luz del sol, pero a costa de la salud de su padre. La llaga de el Rico se había vuelto a abrir y los médicos prescribían un largo descanso<sup>114</sup>.

Entonces fue que el encomendero y su hijo se retiraron a una huerta que tenían en los alrededores de Lima. La huerta tenía su historial. Estaba en el camino de Santiago de Surco y en ella Maldonado el Rico plantó los primeros pinos traídos de España. La crónica del Padre Cobo asegura que también estuvo allí el primer jumento que vino a esta tierra, lujo que se permitió el Rico haciéndolo traer desde Jamaica<sup>115</sup>.

Pero ya Diego Maldonado estaba muy quebrantado de salud y se sentía pesimista de la ulceración que lo aquejaba. Gastó sumas enormes en médicos y medicinas, probó todos los bá'samos y ungüentos, pero su llaga no mejoró. Distrayéndose en la administración de sus muchas propiedades, ocupó sus ratos de ocio en la oración. Sin duda quería familiarizarse con la muerte, pero tampoco se hacía a la idea de morir. Poco a poco, sin embargo, debió pensar que su vida se acababa. Su llaga, cada día, adquiría una coloración peor. Por fin, el 2 de enero de 1568, hizo llamar al escribano Alonso Hernández. Encerrado con él, le comunicó que quería dictar su testamento<sup>116</sup>.

### El calor de la canícula

Esa misma tarde firmó su última voluntad. Dejó por albacea a su esposa, al Arzobispo de Lima fray Jerónimo de Loaiza y a Gaspar de Sotelo, vecino del Cusco. El documento es interesante porque en él confiesa Maldonado no dejar hijos legítimos, pero si al bastardo Juan Arias, al que reconoce por vástago "por ques justo que los hombres correspondan a la obligación natural que tienen"<sup>117</sup>. Y en cabeza de éste, precisamente, fundó entonces un cuantioso mayorazgo destinado a perpetuar su linaje y su riqueza. El mestizo estaba perdonado. Para asegurarle la prosecución de su fortuna, el Rico instituyó en el mismo escrito multitud de complicadas cláusulas previniendo situaciones peligrosas que en torno a los bienes se podían presentar. Juan Arias no era docto, pero su ignorancia y prodigalidad fueron frenadas por la previsora mentalidad del fundador del opulento vínculo<sup>118</sup>.

Hecho esto, Diego Maldonado especificó que quería morir en el Cusco. Con tal mira comenzó a preparar el largo viaje, pero éste —por razones de salud— no pudo efectuarlo hasta dos años después. Entre otras cosas quería ir para esperar allá al Virrey Toledo, hospedarlo en su casa y pedirle para su mayorazgo un hábito militar en Calatrava o Alcántara. Por eso, comenzando el año de 1570 y luego

de muchos preparativos y precauciones, Maldonado tomó el camino del sur. Haría un alto en su ingenio de Nazca, luego cruzaría la región de los lucanas y haría otro en Andahuaylas. El próximo gran descanso sería Limatambo, por último, su casona de la ciudad imperial. Así viajaba Maldonado el Rico, reposando en sus propiedades del camino <sup>119</sup>.

Pero antes de llegar a su ingenio, al cruzar el candente arenal de la costa, el viajero creyó desfallecer. Enfermo ya, entró a la villa de Valverde, alojándose en el convento de los frailes franciscanos. Un mal no identificado se había posesionado de él, un mal posiblemente vinculado con su llaga. Ya le habían advertido que era peligroso cruzar el desierto en la canícula, pero él no quiso oír. Viendo llegar su último momento, Maldonado mandó llamar al Corregidor Marcos de Torres y al escribano Antonio Vallejo, explicándoles que deseaba hacer un nuevo testamento. Cuando todos estuvieron juntos el moribundo comenzó a dictarlo. Era el 14 de marzo de 1570 <sup>120</sup>.

En primer lugar, como era usual en tales casos, encomendó su alma a Dios y a Santa María su bendita Madre, luego se refirió a su enfermedad. Dijo estar sano de juicio aunque en peligro de muerte y pidió, cuando esta última llegase, ser temporalmente enterrado en la iglesia de San Francisco de esa villa de Valverde de Ica, debajo del altar mayor. Solicitó, así mismo, que ese día acompañasen su cuerpo todos los clérigos y religiosos de la villa precedidos por cruz alta. Que en la iglesia se oficiase una misa de requiem con vigilia y responso, y que ese mismo mes los franciscanos iniciaran un novenario de misas cantadas como suelen decirse a lo difuntos, sin olvidar las ofrendas de pan, vino y cera. Mientras su cuerpo permaneciera allí, los franciscanos recibirían cincuenta pesos cada año, pesando sobre ellos a modo de obligación, el decirle, mientras tanto, dos misas semanales. Antes de concluir con esto de las misas, el testador pidió que el día de su muerte, todos los sacerdotes del valle de Ica rezaran otra por la tranquilidad de su ánima <sup>121</sup>.

Luego vino el reparto de limosnas. A los frailes que lo albergaban dejó una cama de damasco carmesí y una fuente de plata para que hicieran con ella una cruz. También cincuenta varas de sayal para hacer hábitos a los religiosos y dos candelabros de plata para ornato del altar mayor. Al hospital del Cusco legó cien pesos de plata y al de Andahuaylas una negra para que finara allí sus días sirviendo a los enfermos. Luego mencionó y enumeró sus muchos bienes vinculados y constituyó un legado especial de trescientos novillos para Pedro Altamirano, el huérfano del conquistador Antonio Altamirano, por haberse criado en su casa y tenerle mucho aprecio. A su esposa dejó la estancia de Huacachacal, encargándole que después de muerta pasara

la propiedad a los indios de ese ayllu para que se sintieran así aliviados en sus tributos. Finalmente firmó el escrito con mano temblorosa y solicitó del escribano que volviera, pues quería otorgar "ciertas memorias" <sup>122</sup>.

### La mortaja franciscana

Estas memorias empezaron a dictarse el 16 de marzo, vale decir, dos días después del testamento. Como ya lo había anticipado, eran unos consejos y pedidos a su hijo, al que recomendó, entre otras cosas, que respetara siempre a doña Francisca de Guzmán, "de manera que la buena amistad que me tubo En la vida la muestre Recibiéndote por hijo y mira que te mando y encargo so pena de obediencia la sirvas todos los días que bibieres como a verdadera madre y señora que, porque en esto se me sigue gran contento" <sup>123</sup>. Por lo demás, anuncia a su vástago que le ha llegado la hora de entrar en posesión de todos los bienes muebles, inmuebles y somovientes; le pide que los cuide y los aumente; terminando por encargarle que se haga cargo de su rica ropa, "porque no salga en Plaça" <sup>124</sup>, es decir, no se venda en pública almohada como suele hacerse con las ropas de los muertos. ¡Vanidad de hidalgo moribundo!

Sin embargo, hay también un gesto simpático de Maldonado el Rico. En su afán de recobrar el cariño de sus indios, a cuya conversión dedica cien misas rezadas, Maldonado pide entonces a su hijo que rece "por mis padres y decendientes y por los naturales a quienes tenemos tanta obligación" <sup>125</sup>. Por congraciarse con estos últimos, precisamente, y también por caridad cristiana, le sugiere, no ser muy severo en la próxima cobranza del tributo, preocuparse por el hospital de Andahuaylas y repartir mil ovejas a cada una de las tres doctrinas de indios chancas que formaban lo principal de su encomienda. Para terminar pidió a su hijo que llevara sus huesos a enterrar al Cusco en la capilla del mayorazgo, pero, le advertía, que si viajando su cadáver por Andahuaylas los indios mostrasen mucho sentimiento, que diera por nula esta postrera petición y lo sepultasen definitivamente en la iglesia del pueblo, "de manera que dello se siga a los naturales y a su conversión y doctrina gran provecho..." <sup>126</sup>. Luego de esto el enfermo entró en larguísima agonía.

Maldonado el Rico falleció en la villa de Valverde el 22 de marzo de 1570, antevíspera de san Gabriel Arcángel. Amortajado con la jerga franciscana, el Rico expiró en una celda. Murió como no lo presagiaba su fortuna, rodeado por los frailes del sayal y de la cuerda, esos frailes que por ser frailes mendigos habían hecho voto de amar a la pobreza <sup>127</sup>.

Un año después, el mestizo Juan Arias Maldonado concertó con el Cabildo eclesiástico del Cusco la adquisición de una capilla para enterramiento suyo y de su padre. Juan Arias se comprometió entonces a edificar una sacristía, levantar una reja de madera que separara la capilla del cuerpo de la Catedral y colocar sobre el arco de la entrada el escudo o blasón de Maldonado. Los canónigos aceptaron el contrato y por setecientos cincuenta pesos de limosna, el mestizo entró en posesión de "la capilla y altar del crucifijo la cual se A de nombrar y nombra de la advocación del Señor Santiago Apostol patron y defensor de las españas"<sup>128</sup>. Luego hizo el traslado de los restos de su padre. El cadáver fue extraído de su sepultura y, haciéndose un envoltorio con los huesos, se puso en una caja de madera. Juan Arias Maldonado presenció la operación. Luego la caja se colocó sobre una mula y en otras con gualdrapas negras montaron los criados del difunto. A una seña de Juan Arias, salieron del convento franciscano e iniciaron el ascenso de la sierra. El viaje fue muy duro, pero sin tropiezos. Cuando el cortejo llegó al pueblo de Andahuaylas, el muerto entró a campana tañida. Pero los indios no acudieron a la iglesia ni evidenciaron dolor. Rodeado de incomprensión, el cadáver prosiguió entonces al Cusco. En el Cusco se le sepultó en la Capilla de Santiago, la segunda de la nave izquierda. Allí reposa hasta hoy. La Capilla es lóbrega y carece de epitafio, pero para quienes conocen su historia, existe esta inscripción: "Aquí yace el pecador de Maldonado el Rico, rogad a Dios por él"<sup>129</sup>.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Entre los homónimos que en el Perú tuvo nuestro biografiado estarían —además de Diego Maldonado, el Viejo, vecino de Natá y Diego Maldonado Hernández, conquistador de Chile, a quienes veremos más adelante— cuatro soldados y un servidor real. El primero de la lista se llamó **Diego Maldonado de Alamos**, nacido en Salamanca con anterioridad a 1598 y que llegó a Regidor del Cusco. El Inca Garcilaso lo nombra Pedro Maldonado y relata el pintoresco encuentro que sostuvo con Diego Centeno en las calles de la ciudad imperial (Comentarios... Parte II, lib. V, cap. IX). Después de ser un tiempo gonzalista terminó pasándose a la armada de Lorenzo de Aldana en el Callao. Más tarde lo hallamos de Capitán y muy vinculado al primer grito rebelde de Girón. Fue también fundador del Hospital de Naturales del Cusco y vecino principal de esa ciudad en cuya comarca tuvo indios de encomienda. Su biografía puede confundirse en más de un momento con la de Diego Maldonado, el Rico, dado el paralelismo de sus actuaciones, pero los Libros del Cabildo cusqueño ofrecen la pauta de la diferenciación cuando llaman al salmantino Regidor y, en cambio, al aldanés, conquistador y Regidor. **Diego Maldonado y Tañeda** sería el otro homónimo del Rico. Nacido por 1525, fue soldado de Gómez de Alvarado en Chachapoyas. Con este jefe asistió a Jaquijahuana, encontrándosese después en el Cusco cuando el alzamiento de Miranda, Barrionuevo y Melgarejo. Sin duda es el mismo que figura en la revuelta de Sebastián de

Castilla. Los documentos prueban que sabía firmar. El tercer **Diego Maldonado** fue soldado de Núñez Vela en Quito y preso de los gonzalistas en la cuesta de Ayabaca. Fugando de la prisión se juntó a los vecinos de Chachapoyas y concurrió con ellos a Jaquijahuana. Se le encuentra luego guardando el Cusco al tiempo que los leales salieron contra Girón a Pucará. Su vida es fácil de confundir con el que lo precede. El último soldado que se llamó **Diego Maldonado** estuvo con Melchor Verdugo cuando alzó bandera en Trujillo, recibiendo entonces de su jefe un paño morado para hacer calzas, un talabarte de terciopelo negro y una camisa de Ruán. Finalmente, un **Diego Maldonado** que había sido Asemilero de la Princesa Gobernadora pasó al Perú por 1559 y en Valladolid, el 8 de junio de ese año, consiguió mil ducados de ayuda para su viaje. Parece que no llegó a embarcar o murió al poco tiempo de pisar tierra perulera, porque no existen más noticias de él.

<sup>2</sup> Guevara, Antonio de... *Epístolas Familiares*.— Buenos Aires, 1946.— Epístola XXII, p. 65.

<sup>3</sup> Atienza, Julio de... *Nobiliario Español*.— Madrid, Industrias Gráficas Española, 1948.— pp. 197, 198 y 892.

Zizold Plazolles, Isabel... El linaje de Angulo y sus armas en el Perú, en *Revista del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas*, Lima, 1955, número VIII, p. 184.

<sup>4</sup> Archivo Histórico de la Universidad del Cusco (A.H.U.C.) Protocolos del escribano Antonio Sánchez, leg. IV, fol. 538.

<sup>5</sup> Archivo General de Indias de Sevilla (A.G.I.) Justicia 401 y Patronato 93-N4-RI; 110-NI-R7; 114-NI-R2; y 128-NI-R2.— Cuando el Rico desertó del real gonzaísta y arribó a la armada que traía Lorenzo de Aldana, tanto Gutiérrez de Santa Clara como el Inca Garcilaso le asignan una edad mayor a la que en realidad tenía. El primero lo llama entonces "pobre viejo" y el segundo le adjudica "más de sesenta y ocho años". Ambos debieron conocerlo (en el caso de qué Pedro Gutiérrez haya estado en el Perú), pero el Inca, además, parece que lo trató de cerca por ser padre de uno de sus discípulos de escuela. Sin embargo, muy gastado debía estar el encomendero cuando ninguno de los dos cronistas lo hacen menor de cincuenta años, edad que tenía el Rico Maldonado cuando fugó a la armada.

<sup>6</sup> A.H.U.C. Protocolos citados, leg. IV, ff. 538 a 549.

<sup>7</sup> A.G.I. Patronato 122-N2-R4.

<sup>8</sup> En la probanza que para su ingreso a la Orden de Santiago hizo D. Juan García de Ovalle y Arias Maldonado se hace constar "que los Maldonados que hay en Salamanca son todos unos, notorios hijos-dalgo al fuero de España, limpios y cristianos viejos, y que en esta Casa nunca ha habido penitencia del Santo Oficio, ni bastardía, ni oficio vil ni mecánico que pueda impedir la pretensión". La descendencia de Maldonado el Rico no sólo consideró a su progenitor natural de Salamanca, sino miembro de esta Casa, añadiendo que el soldado antes de pasar a América había sido miembro de la cofradía de Nuestra Señora de Rocamador, "en la que se hacen muy rigurosas pruebas de nobleza y limpieza para entrar en ella", dato, este último, evidentemente falso. Por el tiempo que historiamos eran estos deudos salmantinos don Rodrigo Alvarez Maldonado, mayorazgo de Casa Calderon y marido de doña Catalina Maldonado, de quienes hace extensa mención el viejo árbol genealógico de los Maldonados que se conserva en el convento de San Esteban de Salamanca. Este don Rodrigo (con quien se cumplía la quinta generación de Maldonados en la ciudad del Tormes), fue padre de Diego Maldonado, caballero principal de Salamanca, quien casó con doña Constanza de Porres y Pacheco, hijadalgo de Ciudad Rodrigo donde los Pachecos fueron señores y Marque-

ses de Cerralbo. Hubo también en Salamanca una segunda rama de los Maldonados que, no obstante ser segunda, era tan poderosa y antigua como la anterior. Era ya tan opulenta en 1295 que los vecinos de Miranda de Castañar consiguieron una provisión real para impedir que estos Maldonados continuaran comprando lo que restaba de tierras en la villa. Esta rama fue tronco de los señores de Sobradillo y Marqueses de Cardeñosa. Los Maldonados pobres, vale decir, los aldaneses, casi no son conocidos al nacer el siglo XVI. Aparte de Francisco Maldonado, padre de nuestro biografiado, otro lo fue Pedro Maldonado, que primero vivió en Las Garrovillas y después en la villa de Dueñas. Aquí casó con Teresa Hernández y tuvo en ella a Diego Maldonado Hernández, que fue Alférez mayor de Almagro en su desastrosa expedición a Chile. Posteriormente sirvió con Diego de Rojas en el Río de la Plata y Tucumán, volviendo a Chile con Pedro de Valdivia, capitán que le dió la alcaidía de la fortaleza de Arauco. Murió en la batalla de Marigüeñu el 26 de febrero de 1554.

<sup>9</sup> Pizarro, Pedro... *Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú*.— Buenos Aires, 1944.— p. 86.

<sup>10</sup> A.G.I. Patronato 93-N4-RI; 97-NI-RI; y 128-NI-R2.

<sup>11</sup> Cieza de León, Pedro... *Nuevos Capítulos de la Tercera Parte de la Crónica del Perú*, cap. XXX, p. 465, en *Mercurio Peruano*, Lima, julio de 1955, núm. 340.

Herrera, Antonio de... *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierrafirme del Mar Océano*, Década IV, lib. VII, cap. IX.

<sup>12</sup> Trujillo, Diego de... *Relación del Descubrimiento del Reyno del Perú*.— Sevilla, 1948.— pp. 50 y 86, nota 46.

Diego Maldonado, el Viejo, vecino de Natá de los Caballeros, había sido un soldado valiente y bastante amigo del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo. Nacido por 1477 parece haber pasado a Indias con Pedrarias. En 1520 lo hallamos con el capitán Gabriel de Rojas sirviendo en Santa María de la Antigua del Darién, frecuentando allí la amistad de Francisco Pizarro, Diego de Almagro y el Tesorero Puente. Pedrarias, que lo conocía desde 1492, le dió en Natá los repartimientos de Cherú y Acomparán; posteriormente lo hizo su Teniente de Gobernador, pero al cesar en este cargo en 1527, Maldonado fue acusado de negligente en el cobro de las penas de cámara y de esclavizar indios no cautivados en la guerra. En 1528 fue Regidor de Natá y al año siguiente salió electo Alcalde. Sus altercados con el zapatero Hernando del Castillo y su mujer, fueron particularmente grotescos y sólo le alcanzaron desprestigio. Viejo y pobre por añadidura, corrió entonces a refugiarse junto a Pizarro y Almagro, quienes no habían sufrido ningún daño con la caída de Pedrarias. Pizarro lo acogió y le brindó protección. Por ello es que Diego Maldonado no titubeaba en afirmar "que el dicho piçarro es onbre muy honrrado e syempre a dado buena quenta de lo que se le a encomendado e sabe asy mesmo quel dicho almagro es honrrada persona". Sintiéndose más seguro, renunció entonces sus indios y se embarcó hacia el Perú en la tercera expedición. Diego de Trujillo lo menciona allí como "Diego Maldonado vecino que fue de Natá" y lo vincula a la orden de recoger agua en Manta, donde le sucedió el extraño percance de los cerdos. Maldonado quedó luego en San Miguel de Piura, donde murió por 1534 después de actuar como testigo en varias escrituras.

<sup>13</sup> A.G.I. Justicia 401.

<sup>14</sup> A.G.I. Justicia 401 y Patronato 93-NI-R2.

<sup>15</sup> A.G.I. Patronato 128-NI-R2.

<sup>16</sup> *Ibidem*.

<sup>17</sup> **Libro Primero de Cabildos de Lima 1535-1539.**— París, imprenta Dupont, 1900.— p. 386, nota 9.

<sup>18</sup> *Ibidem.*— En la probanza para su ingreso a la Orden de Santiago del caballero Juan García de Ovalle y Arias Maldonado, se dice que esta princesa fue "hermana del último Inga del Perú" y que después se cristianó con el nombre de Lucía Clara Coya. El dato es exacto, porque Juan Arias Maldonado, bastardo mestizo del Rico, tuvo por madre a una india noble llamada Doña Lucía, la que era hija de Huayna Cápac y, por tanto, hermana de Atahualpa. A Maldonado el Rico le dió Pizarro esta princesa, hermana y a la vez esposa del Inca, para evitar que se suicidara el día de los funerales de Atahualpa.

<sup>19</sup> Lohmann Villena, Guillermo... **Índice del Libro Becerro de Escrituras**, en *Revista del Archivo Nacional del Perú*, Lima, 1941, tomo XIV, entrega II, pp. 223 y 224.

<sup>20</sup> *Ibidem.* p. 226.

<sup>21</sup> A.G.I. Patronato 97-NI-RI.— Véase también: Trujillo, Diego de... *Op. cit.* p. 63.

<sup>22</sup> A.G.I. Patronato 93-NI-RI y 128-NI-R2.

<sup>23</sup> Loredó, Rafael... **Los Repartos.**— Lima, 1958.— pp. 126 y 127.

A.G.I. Justicia 401 y Patronato 128-NI-R2.

<sup>24</sup> A.G.I. Patronato 93-N4-RI y 93-N11-R2.

<sup>25</sup> A.G.I. Patronato 93-N4-RI y 93-N11-R2.

<sup>26</sup> Porras Barrenechea, Raúl... **Cartas del Perú.**— Lima, 1959.— Carta LXXXVI, pp. 124, 126 y 127.

<sup>27</sup> Urteaga, Horacio H... y Carlos Romero.— **Fundación Española del Cusco y Ordenanzas para su Gobierno.**— Lima, 1926.— p. 41.

<sup>28</sup> Garcilaso Inca de la Vega.— **Comentarios Reales de los Incas.**— Parte I, lib. VII, cap. IX.

<sup>29</sup> Lohmann Villena, Guillermo... *Op. cit.* tomo XV, entrega II, p. 215.

<sup>30</sup> Pizarro, Pedro... *Op. cit.* pp. 86 y 87.

<sup>31</sup> Porras Barrenechea, Raúl... *Op. cit.* Carta CCXVII, p. 337.— A estos vituperios se añade en la crónica de Oviedo que Maldonado le tomó al Inca todas sus vestiduras y que junto con Alonso de Mesa, Francisco de Solares, Alonso de Toro y algún otro, le repetían con frecuencia: "Perro, daca oro: si no quemarte he". A pesar de ser Oviedo gran difamador de los pizarristas, en este pasaje de su *Historia* no recurrió a la exageración. Por nuevos documentos se desprende que siempre guardó Manco un gran resentimiento a Maldonado, especialmente después de su alzamiento en 1536, cuando pedía a Almagro que se lo entregase o lo matase si quería negociar. Más tarde, al fracasarle este deseo, se contentó con asolar la comarca de Andahuaylas para ocasionar el mayor daño posible a su encomendero.

<sup>32</sup> Porras Barrenechea, Raúl... *Op. cit.* Carta CCXVII, p. 337.

<sup>33</sup> Pizarro, Pedro... *Op. cit.* p. 105.

<sup>34</sup> A.G.I. Justicia 401.

<sup>35</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2.

<sup>36</sup> A.G.I. Justicia 401; Patronato 114-NI-R2 y 128-NI-R2.

<sup>37</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2; 97-NI-RI y 99-NI-R2. Como lo hemos hecho ver, estas correrías de las tropas de Manco sobre Andahuaylas aumentaron a raíz de dar Pizarro esta tierra en encomienda a Maldonado. Hasta 1541 arrieron los asaltos y por una orden del Marqués Gobernador fechada en Lima el 7 de mayo de dicho año y dirigida a Garcí Manuel de Carbajal, su lugarteniente en Arequipa, nos enteramos de la última incursión. Por dicha orden se descubre que Manco "vino

al Cuzco al repartimiento de Andahuaylas que tiene en depósito Diego Maldonado vezino de la cibdad del Cuzco e con copia de gente de guerra que consigo traxo dió sobre varios españoles que en el dicho repartimiento estaban e les hizo guerra e mató varios dellos" (Véase: Barriga, P. Victor M... **Documentos para la Historia de Arequipa**.— Arequipa 1940.— p. 110). La probanza del conquistador Pedro de las Casas nos entera, en cambio, de las batidas que organizó Maldonado para repeler estos ataques (A.G.I. Patronato 99-NI-R2).

<sup>38</sup> Porras Barrenechea, Raúl... **Cedulario del Perú**.— Lima, 1948.— Tomo II, p. 138.

<sup>39</sup> A.G.I. Justicia 341.

<sup>40</sup> Borregán, Alonso... **Crónica de la Conquista del Perú**.— Sevilla, 1948.— Edición y prólogo de Rafael Loredó. pp. 41 y 104.

<sup>41</sup> *Ibidem*.

<sup>42</sup> *Ibidem*.

<sup>43</sup> Cieza de León, Pedro... **Guerra de las Salinas**.— Madrid, s.f. Cap. XL. p. 215.

Herrera, Antonio de... **Op. cit.** Década VI, lib. III, cap. V.

<sup>44</sup> Cieza de León, Pedro... **Op. cit.** cap. LX, p. 310.

Herrera, Antonio de... **Op. cit.** Década VI, lib. IV, cap. IV.

Garcilaso Inca de la Vega.— **Op. cit.** Parte II, lib. II, cap. XXXV.

<sup>45</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2.

Loredó, Rafael... **Alardes y Derramas**, en Revista Histórica, Lima, 1941, tomo XIV, entrega III, p. 306.

Se ha llegado a decir que Maldonado el Rico fue fundador de San Juan de la Frontera de Huamanga y que por ello le dió Pizarro la encomienda de Andahuaylas. La afirmación es poco sólida, pues hasta hoy ningún interrogatorio de probanza lo menciona en tal fundación. El único que lo asegura, aunque sin dar pruebas, es el soldado Martín de Escancena. Lo oscuro del testigo y lo tardío de su afirmación, sin embargo, son factores que ayudan muy poco.

<sup>46</sup> Sobre las costumbres de estos chancas vasallos de Diego Maldonado ofrece pormenores Cieza de León en el capítulo XC de su **Crónica del Perú**.

<sup>47</sup> A.G.I. Patronato 101-NI-R19.— A estas alturas narra Gonzalo Fernández de Oviedo en su **Historia General y Natural de las Indias**, que: "el gobernador (Francisco Pizarro), luego que llegó al Cusco, dió la vara de teniente al licenciado de la Gama, é supo que Maldonado estaba en su cacique, que el de Andagoylas, é aviale pedido el cacique quatro o cinco chriistianos para traer al Ynga, que sabia dónde estaba, y él se los avia dado, y el cacique los mató é fuesse al Ynga". Este curaca al que se refiere Oviedo debió ser uno de los tantos secundarios de Andahuaylas, porque Huasco (o Basco, como castellaniza el nombre Cieza) permaneció por algún tiempo amigo de su encomendero, como lo vamos a ver más adelante.

<sup>48</sup> Cieza de León, Pedro... **Guerra de Chupas**.— Madrid, s.f.— cap. XXXVII, p. 133.

<sup>49</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2; 97-NI-R1 y 114-NI-R2.

Cieza de León, Pedro... **Op. cit.** cap. XLVI, p. 162 y LIV, p. 187.

Herrera, Antonio de... **Op. cit.** Década VI, lib. X, cap. XI.

<sup>50</sup> Cieza de León, Pedro... **Op. cit.** Cap. LIX, p. 204.

Herrera, Antonio de... **Op. cit.** Década VII, lib. I, cap. III.

<sup>51</sup> Cieza de León, Pedro... **Op. cit.** Cap. LXXI, pp. 246 y 248.

<sup>52</sup> Cieza de León, Pedro... **Op. cit.** Cap. LXXI, pp. 246 y 248.

- Herrera, Antonio de... *Op. cit.* Década VII, lib. III, cap. VII.
- <sup>53</sup> A.G.I. Patronato 97-NI-RI; 114-NI-R2 y 128-NI-R2.  
 Garcilaso Inca de la Vega.— *Op. cit.* Parte II, lib. III, cap. XVIII.  
 Herrera, Antonio de... *Op. cit.* Década VII, lib. III, cap. X.
- <sup>54</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2.  
 Loredó, Rafael... *Op. cit.* p. 306.
- <sup>55</sup> Zárate, Agustín de... *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú.*—  
 Lima, 1944.— Lib. VI, cap. XVI, p. 283.  
 Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... *Historia de las Guerras Civiles del Perú.*—  
 Madrid, 1904.— Lib. I, cap. XV, p. 151 del T. I.  
 Herrera, Antonio de... *Op. cit.* Década VII, lib. VI, cap. X.
- <sup>56</sup> Cieza de León, Pedro... *Guerra de Quito.*— Madrid, 1909.— Cap. XI, p.  
 13 y XVII, p. 17.  
 Herrera, Antonio de... *Op. cit.* Década VII, lib. VII, cap. XIX.
- <sup>57</sup> Cieza de León, Pedro... *Op. cit.* Cap. XXIV, pp. 24 y 25.  
 Herrera, Antonio de... *Op. cit.* Década VII, Lib. VII, cap. XXI.
- <sup>58</sup> Cieza de León, Pedro... *Op. cit.* Cap. XV, p. 26 y XVI, p. 27.  
 Herrera, Antonio de... *Op. cit.* Década VII, lib. VII, cap. XXII.  
 A.G.I. Patronato 93-N11-R2.
- <sup>59</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2.  
 Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... *Op. cit.* lib. I, cap. XV, p. 151 del T. I.  
 López de Gómara, Francisco... *Historia General de las Indias.*— Barcelona,  
 1954.— Parte I, cap. CLVII, p. 263 del T. I.
- <sup>60</sup> A.G.I. Pat. 93-N11-R2.  
 Cieza de León, Pedro... *Op. cit.* Cap. XXXI, p. 30.
- <sup>61</sup> A.G.I. Justicia 427 y Patronato 93-N11-R2.
- <sup>62</sup> López de Gómara, Francisco... *Op. cit.* Parte I, cap. CLXIV, p. 276 del T. I.
- <sup>63</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... *Op. cit.* lib. I, cap. XXV, p. 223 del T. I.
- <sup>64</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2; 114-NI-R2 y 134-NI-RI.  
 Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... *Op. cit.* lib. I, cap. XXV, p. 224 del T. I.  
 Fernández, el Palentino, Diego... *Historia del Perú.*— Madrid 1913.— Parte  
 I, lib. I, cap. XV, p. 80.  
 Cieza de León, Pedro... *Op. cit.* cap. XXXVII, p. 35.
- <sup>65</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... *Op. cit.* lib. I, cap. XXV, p. 224 del T. I.
- <sup>66</sup> Cieza de León, Pedro... *Op. cit.* Cap. L, pp. 46 y 47 y LV, p. 52.
- <sup>67</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... *Op. cit.* lib. II, cap. XIV, pp. 124 a  
 129 del T. II.  
 Herrera, Antonio de... *Op. cit.* Década VII, lib. VIII, caps. XIX y XX.
- Según Cieza en su *Guerra de Quito* (cap. LXXXII, pp. 87 y 88). Carbajal  
 quería matar a Maldonado para apropiarse de su hacienda. Por ello puso guardias  
 a la entrada de Lima, para que lo apresaran antes de que viese a Gonzalo Pizarro.  
 Pero por haberse escapado al Demonio de los Andes, éste se apresuró a ir a casa  
 de Gonzalo con sus negros y cordeles para ahorcarlo. Sin embargo, no lo pudo ha-  
 cer, pues fueron tantos los que intercedieron por el Rico, que el caudillo de la re-  
 belión le concedió la vida por vía de aguinaldo (Cieza de León... *Op. cit.* cap.  
 LXXXVII, p. 91). El Palentino afirma simplemente que llegó a entrar a Lima y,  
 "aunque con dificultad", Gonzalo le otorgó su perdón (Parte I, cap. XXVI, p. 137).
- <sup>68</sup> Cieza de León, Pedro... *Op. cit.* cap. CLIII, p. 170.  
 Herrera, Antonio de... *Op. cit.* Década VII, lib. X, caps. V y VI.
- <sup>69</sup> Cieza de León, Pedro... *Op. cit.* cap. CLIII, p. 171.

<sup>70</sup> *Ibidem.*

Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... *Op. cit.* lib. II, cap. XVI, p. 141 del T. II. Mendiburu, Manuel de... *Diccionario Histórico Biográfico del Perú.*— Lima, 1933.— Tomo VII, pp. 146 y 147.

<sup>71</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2.

Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... *Op. cit.* lib. II, cap. XVI, p. 141 y L, p. 460 del T. II.

Cieza de León, Pedro... *Op. cit.* cap. CLXXIX, p. 205.

López de Gómara, Francisco... *Op. cit.* Parte I, cap. CLXIX, p. 284.

<sup>72</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... *Op. cit.* lib. II, cap. L, p. 460 del T. II.

López de Gómara, Francisco... *Op. cit.* Parte I, cap. CLXIX, p. 284 del T. I.

Fernández, el Palentino, Diego... *Op. cit.* Parte I, lib. I, cap. XXXIV, p. 180.

<sup>73</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... *Op. cit.* lib. IV, cap. XXVII, p. 254 del T. IV.

<sup>74</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... *Op. cit.* lib. IV, cap. XLV, p. 407 del T. IV.

Garcilaso Inca de la Vega.— *Op. cit.* Parte II, lib. V, cap. XIII.

Herrera, Antonio de... *Op. cit.* Década VIII, lib. III, cap. XI.

Fernández de Oviedo, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias.*— Asunción, 1945.— T. XIII, lib. XI, cap. VIII; y lib. XI, cap. XI.

Zárate, Agustín de... *Op. cit.* lib. VI, cap. XVI, p. 283.

<sup>75</sup> *Ibidem.*

A.G.I. Patronato 93-N11-R2.

<sup>76</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2 y 128-NI-R2.

<sup>77</sup> Cieza de León, Pedro... *Op. cit.* cap. CCXXIX, p. 284.

Fernández, el Palentino, Diego... *Op. cit.* Parte I, lib. II, cap. XXXIII, p. 176.

A.G.I. Patronato 90-NI-R38.

<sup>78</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2.

<sup>79</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2 y 128-NI-R2.

<sup>80</sup> Gutiérrez de Santa Clara, Pedro... *Op. cit.* lib. V, cap. XLVIII, p. 154 del T. VI.

<sup>81</sup> Calvete de la Estrella, Juan Cristóbal... *Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de don Pedro Gasca.*— Madrid, 1889.— Lib. IV, cap. II, p. 35 del T. II.

<sup>82</sup> *Ibidem.* lib. IV, cap. I, pp. 223 a 225 del T. II.

<sup>83</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2.

<sup>84</sup> Garcilaso Inca de la Vega.— *Op. cit.* Parte II, lib. VI, cap. VI.

Véase también la Revista del Archivo Histórico del Cusco, Cusco, 1959, T. X, pp. 247, 248, 258, 259 y 261.

Por diciembre de 1549 el Rico fue elegido por el Cabildo cusqueño (junto con Juan de Saavedra) para ir de Procurador a España a solicitar nuevas mercedes para la ciudad imperial. El cargo lo aceptó en un primer momento, acaso por no hallar otro mejor, pero a raíz de la muerte de Suárez de Carbajal renunció la procuraduría y optó por el corregimiento.

<sup>85</sup> Garcilaso Inca de la Vega.— *Op. cit.* Parte II, lib. VI, cap. XV.

A.G.I. Patronato 93-N11-R2.

<sup>86</sup> Garcilaso Inca de la Vega.— *Op. cit.* Parte II, lib. VI, cap. XXVII.

A.G.I. Patronato 93-N11-R2.

<sup>87</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2.

<sup>88</sup> Garcilaso Inca de la Vega. *Op. cit.* Parte II, lib. VII, cap. II.

A.G.I. Patronato 93-N11-R2.

- <sup>89</sup> A.G.I. Patronato 110-NI-R7.
- <sup>90</sup> Ibidem.
- <sup>91</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2.
- <sup>92</sup> Ibidem.
- <sup>93</sup> Garcilaso Inca de la Vega.— *Op. cit.* Parte II, lib. VII, caps. XV y XVI.
- <sup>94</sup> Riva Agüero y Osma, José de la... *Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opésculos)*.— Lima, 1937.— T. I, p. 41.
- Herrera, Antonio de... *Op. cit.* Década VIII, Lib. IX, cap. XXII.
- Vargas Ugarte, S.J., Rubén... *Historia del Perú. Virreinato 1551-1600*.— Lima, 1949.— Cap. II, p. 54.
- <sup>95</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2.
- Herrera, Antonio de... *Op. cit.* Década VIII, Lib. X, cap. III.
- <sup>96</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2; 102-NI-R4 y 110-NI-R7.
- <sup>97</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2 y 110-NI-R7.
- <sup>98</sup> A.H.U.C. protocolos cit. leg. IV, f. 1450 v.
- <sup>99</sup> Atienza, Julio de... *Op. cit.* p. 648.
- <sup>100</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2.— A.H.U.C. protocolos cit. leg. IV, ff. 1080v. a 1083. Doña Francisca era prima hermana del capitán Diego Pacheco, veterano de las Guerras Civiles del Perú, quien fue Corregidor de Chachapoyas, Moyobamba y Huamanga.
- <sup>101</sup> Garcilaso Inca de la Vega.— *Op. cit.* Parte I, lib. VII, cap. IX.
- <sup>102</sup> Carreño, Angel... *Origen de los nombres de las calles del Cuzco colonial*.— Cuzco, 1951.— p. 65.
- <sup>103</sup> Garcilaso Inca de la Vega.— *Op. cit.* Parte I, lib. VII, cap. IX.
- <sup>104</sup> A.G.I. Patronato 122-N2-R4.
- A.H.U.C. protocolo cit. leg. IV, ff. 1080 a 1083.
- <sup>105</sup> A.G.I. Patronato 122-N2-R4.
- <sup>106</sup> A.G.I. Justicia 1086.
- A.H.U.C. protocolos cit. leg. IV, ff. 550 a 558.

Juan Arias Maldonado, el hijo del Rico y de la palla doña Lucía, nació en el Cuzco por 1535 y aprendió a leer y escribir en la escuela de primeras letras del canónigo Cuéllar, donde también asistía el Inca Garcilaso. Luchó por el Rey en Jaquijahuana y creyendo que su vocación era la guerra, pretendió sobresalir entre todos los mestizos de su tiempo en esta actividad. Cuando el alzamiento de Girón estaba en Yuçay con el conquistador Diego de Trujillo, pero fugó a Huamanga y en Vilcas fue preso por los rebeldes. Escapado de Huamanga, donde fue llevado preso, se juntó al Mariscal Alonso de Alvarado y asistió a la rota de Chuquiaguá. Apresado nuevamente por haber dado el caballo a su progenitor, buscó refugio en la tienda de Baltasar de Escobedo (el hermano de doña Francisca, su madrastra), el cual estaba herido y había militado en la batalla por Girón. Descubierta el mestizo fue condendo a la horca, pero entonces Escobedo se hizo conducir en una manta ante el caudillo rebelde a rógar por la vida del condenado. Girón envió con presteza un guante al verdugo y este, teniendo a Juan Arias con la soga echada al cuello, suspendió la ejecución. El soldado Juan de San Miguel contaría luego que el mestizo "pasó gran riesgo en la vida por su Rey y Señor ofreciéndose al martirio como hazían los sanctos por Nuestro Señor Jesucristo". Arias Maldonado, entre agradecido y temeroso siguió a los rebeldes hasta Jaquijahuana, lugar donde se pasó a los Oidores, asistiendo a la batalla de Pucará como arcabucero del capitán Maldonado de Buendía. Luego tornó al Cuzco y engreído con sus hazañas cometió tales desmanes que consiguió que su padre lo desterrara a Moyomarca, amenazándolo

con no reconocerlo por hijo si trasponía los límites de Limatambo. Lo dejaremos aquí, por ahora, para no adelantarnos a los acontecimientos.

<sup>107</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2 y 115-N1-R9; Justicia 1086.

<sup>108</sup> *Ibidem*.

Índice del Archivo Nacional, en Revista del Archivo Nacional del Perú, Lima, 1927, T. V, entrega I, pp. 172 y 173.

<sup>109</sup> A.H.U.C. leg. 775, f. 549.— Maldonado el Rico figura desde 1549 como uno de los vecinos del Cusco más favorecidos con el cultivo de la coca. Tenía compañía con Juan de Saavedra y el 27 de abril, precisamente, en un acta del Cabildo, ambos dieron "de compañía, cuatro cestos", para pagar a los cazadores de pumas que infestaban los cocales en el camino de los Antis (Revista del Archivo Histórico del Cuzco.— Cusco, 1959, núm. X, p. 204).

<sup>110</sup> Los preparativos para esta expedición marítima fueron grandes por parte de Diego Maldonado y en un primer momento todos lo vieron como el candidato de más opción para dirigirla. Es verdad que el Rico ocultaba muy bien el dolor que le ocasionaba su llaga, pues de otro modo hubiera sido descubierto públicamente y la Corona jamás le alcanzaría tal responsabilidad. Más tarde parece que Lope García de Castro se enteró de la dolencia y dió a entender que la expedición zarparía con su sobrino Mendaña. Pero, aún así, Maldonado creía que una expedición era muy poco y que él y no otro sería el que guiara la segunda. Gómez de Solís y Pedro de Ahedo, eran personajes que también tenían igual aspiración.

<sup>111</sup> A.G.I. Justicia 1086.

Vargas Ugarte, S.J., Rubén... *Op. cit.* cap. XIII, p. 276.

<sup>112</sup> *Ibidem*.

<sup>113</sup> *Ibidem*.

<sup>114</sup> A.H.U.C. protocolos del escribano Antonio Sánchez, leg. IV, ff. 538 a 549 v.

<sup>115</sup> *Ibidem*.

A.G.I. Patronato 93-N11-R2 y 122-N2-R4; y Justicia 1086.

Cobo S.J., Bernabé... *Fundación de Lima*, lib. II, cap. XVI e Historia del Nuevo Mundo. Lib. X, caps. IV y XXVI.

<sup>116</sup> A.H.U.C. protocolos cit. leg. IV, ff. 538 a 549 v.

<sup>117</sup> *Ibidem*.— También reconoció el Rico por este documento a otra hija, al parecer mestiza, llamada Beatriz Maldonado, a la sazón casada y residente en el Cusco.

<sup>118</sup> *Ibidem*.

Eran entonces bienes de Maldonado el Rico, entre otros, unas casas en Lima "questán en la calle de los morenos junto al monesterio de la merced"; la huerta de recreo en el camino al pueblo de Santiago de Surco y varios negros esclavos que la servían, los cuales negros "andavan muy Rotos y flacos e por tratarlos mal el aRendador se le yban y se le avían perdido algunos dellos", según observación del Oidor Altamirano; el "Ingenio de la Nazca", que hubo y compró de la morisca doña Beatriz, esposa que fue del Veedor Garcia de Salcedo; la estancia de Limatambo, en la jurisdicción del Cusco; las tierras de Huancha y Tiobamba con sus molinos que movía el río. en la misma jurisdicción; las estancias de Quispiquilla, Poquín, Huamancharpa y Conchacalla, también en el Cusco, como todo lo que sigue; la estancia de Huacachacal, que por su último testamento dejó a doña Francisca, su esposa; tres chacras que fueron de Juan de Villalobos; las casas de Francisco Hernández Girón; y las casas de su morada. Además, llegó a tener más de cien negros esclavos, dedicados mayormente al corte de la caña en el ingenio de Nazca. Tam-

bién tuvo negocio de esclavos guineos en Potosí, minas a las que enviaba mensualmente maíz y chuño. Pero donde verdaderamente sus bienes fueron imposibles de contar fue en el campo de los semovientes. Cuidados por multitud de yanacanas mantuvo cantidades ingentes de ganado vacuno, lanar y cabrio. Las llamas y alpacas también eran incontables. Los únicos que estaban numerados eran sus caballos y yeguas de Andahuaylas (origen de la serrana variedad equina de los morochucos?), cuyos potrillos tenían fama de ser los mejores del Perú. Todo esto, sin mezclarlo con el tributo de sus indios ni el tráfico de la coca, constituía la gran fortuna de Maldonado el Rico, a decir de Garcilaso, el más opulento de todos los encomenderos del virreinato y, sin lugar a dudas, también de América.

<sup>119</sup> A.G.I. Patronato 93-N11-R2.

A.H.U.C. protocolos cit. leg. IV, ff. 538 a 549v.

<sup>120</sup> A.H.U.C. protocolos cit. leg. IV, ff. 550 a 558.

<sup>121</sup> Ibidem.

<sup>122</sup> Ibidem.

<sup>123</sup> Ibidem.

<sup>124</sup> Ibidem.

<sup>125</sup> Ibidem.

<sup>126</sup> Ibidem.

<sup>127</sup> Ibidem. ff. 574 a 578.

<sup>128</sup> Ibidem.

<sup>129</sup> Ibidem.— Doña Francisca de Guzmán —a quien el Rico pidió que fuera su perpetua compañera en su tumba de Andahuaylas— casó al año de fallecer éste con don Jerónimo de Figueroa, hijo de don Juan de Figueroa, sobrino del Virrey Toledo y miembro de la Casa de Oropesa. La boda se efectuó en el Cusco a mediados de 1571, porque el 21 de julio la novia hizo constar ante el Dr. Gabriel de Loarte que aportaba al matrimonio muchas y ricas ropas, valiosas joyas entre las que destacaba un puma de oro, muebles de madera muy fina y unos artísticos tapices que historaban la vida de Jacob, así como aquella bellísima esmeralda llamada "La Doncella". Por el contrario, el fin del mestizo Arias Maldonado fue triste de verdad. Libre gracias a las influencias de su padre, a la muerte de éste quedó sin el menor respaldo y el Virrey Toledo lo desterró a España. Con antecedentes de revoltoso e hijo de princesa incaica, corrió la suerte de los demás mestizos con sangre imperial, pues "todos los que fueron así desterrados —cuenta el Inca Garcilaso— perecieron en el destierro, que ninguno de ellos volvió a su casa". En setiembre de 1578 lo encontramos en Madrid solicitando permiso para volver a su tierra peruana, por cuanto "es nacido e criado en aquellas prouincias (y) los ayres de España le son muy contrarios". Lejos de su ambiente, enfermo y aporreado por la vida visitó en Madrid a los amigos de su padre, pero no logró con ello mayor solución. De este modo sabemos que estuvo en la morada del Oidor Diego González Altamirano y en la del Fiscal Monzón, en la del capitán Antonio de Oznayo, en la de Garciméndez de Moscoso y en la de Sancho de Vera, conquistadores de segunda fila. Para terminar nada más elocuente que el relato de su condiscípulo el Inca Garcilaso, quien nos dice de él: "Estuvo desterrado en España más de diez años, y yo le vi y hospedé dos veces en mi posada en uno de los pueblos de este obispado de Córdoba donde yo vivía entonces; y me contó mucho de lo que hemos dicho, aunque no se dice todo. Al cabo de largo tiempo de su destierro, le dió licencia el supremo Consejo real de las Indias por tres años, para que volviese al Perú a recoger su hacienda, y volviese a España a acabar con ella su vida. A su partida, pasando con su mujer por donde yo estaba (que se había casado en Madrid) me pidió que

---

le ayudase con algo de ajuar y ornamento de casa, que iba a su tierra muy pobre y falto de todo. Yo me despojé de toda la ropa blanca que tenía, y de unos tafetanes que había hecho a la soldadesca que eran como banderas de infantería de muchos colores, y un año antes le había enviado a la corte un caballo muy bueno que me pidió, que todo ello llegaría a valer quinientos ducados. Y acerca de ello me dijo: hermano, fíalos de mí en que llegando a nuestra tierra os enviaré dos mil pesos por el caballo y por este regalo que me habeis hecho. Yo creo que él lo hiciera así; pero mi buena fortuna lo estorbó, que llegando a Paita, que es termino del Perú, de puro contento y regocijo de verse en su tierra expiró dentro de tres días". El mestizo —como todos los de su tiempo— pudo tener grandes defectos, pero su gran amor al Perú no solamente lo convirtió en el primer mestizo rebelde, sino que también le deparó un final muy hermoso.